

1919

Junio

Año 8<sup>o</sup>

Noviembre del # 73 al 74

# ATENEO DE EL SALVADOR

PUBLICACION ILUSTRADA

Año VIII.

Nos. 73 al 74



CRISTOBAL COLON

Junio de 1919 a Noviembre de 1920.

## SUMARIO

1. Fiesta de la Raza. *Por don Pedro Flores.*—2. La Ciencia el Arte y las enfermedades sociales. *Por Gilberto Valencia R.*—3. Voz íntima y Nupcial. *Poesías por R. Zaldívar Lagos.*—4. Siluetas campestres. *Por M. Quijano Hernández.*—5. Menéndez. *Por J. Antonio Delgado.*—6. La Vida y Muerte. *Poesía por María Teresa Arrué.*—7. Francisco Gavidia. *Por Antonio Ochoa Alcántara.*—8. Ante los escaparates. *Por A. Ramírez Peña.*—9. Blasón. *Por Alberto V. Montiel.*—10. Retórnelo. *Por Máximo Barrios.*—11. Jesús de Nazareth. *Por Mariano Zeceña.*—12. El Cisne. *Poesía por Félix B. Vicellac.*—13. Composiciones hermosas del poeta *Juan B. Delgado.*—14. Bibliografía. *Por don Pedro Flores.*

FOTOGRAFADOS.—Cuadro vivo «La Unión Centro-Americana».—Casa de habitación del General Menéndez.—Hospital de Ahuachapán.—Parque Menéndez, (Ahuachapán).—Poetisa Salvadoreña, María Teresa Arrué.—Bellezas Salvadoreñas: Blanca Adriana Magaña.



CUADRO VIVO: «LA UNION CENTROAMERICANA» QUE SE PRESENTO EN LA  
VELADA QUE SE DIO EN LA CIUDAD DE AHUACHAPAN EL 22 DE  
JUNIO DE 1920, HONRANDO LA MEMORIA DEL HOMBRE  
PUBLICO, GENERAL FRANCISCO MENENDEZ.



Al centro, General Francisco Menéndez.—A la derecha: Guatemala, Señorita Olivia Cornejo G. Costa Rica, Señorita Cordelia Cornejo. Honduras, Señorita Gabriela Valdivieso.—A la izquierda: Nicaragua, Señorita Elisa Germán. El Salvador, Señorita María Angélica Magaña.

# ATENEO DE EL SALVADOR

DIRECTOR PEDRO FLORES ADMINISTRADOR J. ANTONIO MENENDEZ.	REVISTA DE CIENCIAS LETRAS Y ARTES ORGANO DEL CENTRO DEL MISMO NOMBRE	REDACTORES GILBERTO VALENCIA R. ABRAHAM PINEDA Q.
AÑO VIII.	SAN SALVADOR, C. A., DE JUNIO DE 1919 A NOVIEMBRE DE 1920	NOS. 73 AL 74

## Fiesta de la Raza

Esplendor inusitado revistió la última celebración de la Fiesta de la Raza en esta urbe capitalina.

Con motivo del Duelo Nacional, decretado por el fallecimiento en Nueva York, del ex-Presidente de la República, don Carlos Meléndez, acaecida el 8 de octubre, la celebración de dicha fiesta no se efectuó el 12 sino el 19 del mismo mes, con entusiasmo indescriptible de todas las clases sociales. (\*)

El esplendor y entusiasmo de esa celebración revelan el alto concepto que de esa fiesta se tienen formado todos los países latino-americanos, y de la trascendental significación que

ella encarna para estrechar las relaciones de pueblo a pueblo, en lo espiritual y económico, preponderando los vínculos oficiales entre los estados y las soberanías respectivas, y alcanzar así, mediante la solidaridad de sus destinos en el presente y en el porvenir, la fecunda unión de pueblos que se funden por la justicia y por el comercio en una federación de intereses entre todas las naciones de la genial raza indo-hispana.

La Fiesta de la Raza es una reminiscencia gloriosa del descubrimiento del Nuevo Mundo por el inmortal Colón, y, encarna un ideal noble y levantado de engrandecimiento, mediante la unión de los países hispano-americanos con la heroica Madre Patria, España.

El ideal ibero-americano es el propulsor y fecundante que debe acelerar la agregación de

(\*) Nos referimos a la celebración de la fiesta del año próximo pasado, a la cual habíamos destinado una edición especial, que no pudo ver la luz pública por la escasez y carestía del papel, no obstante el nutrido material de lectura y el gran número de fotograbados que teníamos disponibles para su publicación.

los estados, llamados a constituir una confederación de todos los países, vivificados por la Madre-Iberia, para asegurar su personalidad y su porvenir en el concierto de las naciones.

La Fiesta de la Raza, lo mismo que la fundación de la casa de América en España, y la casa de España en América, con alteza de miras, tienden a despertar en americanos y españoles el interés recíproco, que tenga por base la más firme solidaridad en sus destinos.

Se ha dicho, y con verdad, que España es el país privilegiado para servir de centro regulador en las relaciones de comunicación entre Europa y América, y que las circunstancias preparan además a aquel país, para que llegue a ser el de mayor tránsito intercontinental.

«Si se realiza la aspiración grandiosa de la Sociedad de las Naciones, propulsada por Benedicto XV y el Presidente Wilson, no existe otro pueblo como España que pueda servir de núcleo condensador de tan vasto número de naciones, como son las repúblicas ibero-americanas».

«La raza hispana está en razón para constituir con más o menos intensidad una asociación de naciones, teniendo como tiene en la península un punto de apoyo seguro, puesto que ha aceptado definitivamente la emancipación de sus antiguas colonias.»

Si durante el período colonial sus agentes violaron principios de humanidad y de civilización, el ideal de la Madre Patria no quedó en nada menoscabado, pues la Madre Patria siempre aspiró a la unificación de la España Peninsular y Colonial, en cuyos dominios no se ponía el sol, mediante la asimilación de los indios y la garantía de los fueros sagrados de la humanidad en ambos hemisferios. Prueba palmaria de este aserto es la legislación que sabia y humanitariamente dictó la Madre Patria, para garantizar y reivindicar los derechos de la raza indígena, sojuzgada mediante la superioridad de las armas y de todos los elementos de civilización, por los agentes de la Madre Patria; pero no sancionados por los ilustres reyes católicos, y sobre todo por la eminentísima Isabel, los desafueros que la ambición originaba y que la distancia, a través del Atlántico, dejaba impunes.

La Fiesta de la Raza y la Unión ibero-americana tienden a la agrupación de las naciones a fines, que llevan ya en su entraña elementos naturales de cohesión. Buscan la reciprocidad en todos los órdenes, la extensión de los derechos y facultades compatibles con la soberanía de las naciones latino-americanas, la permuta de ventajas, el reconocimiento mutuo de investiduras y reválidas

y la atenuación de fronteras como factores eficientes para determinar una mayor intimidad de relaciones entre los países que de este modo actúen entre sí como individuos de una familia, o miembros de una poderosa asociación.

Por medio de la Fiesta de la Raza y de la organización general de la asociación ibero-americana, lograremos ensanchar nuestras fronteras morales y espirituales y lograremos obtener más poder y más influjo en el orden internacional, y, fortaleciéndose así los vínculos que nos ligan con nuestra ilustre progenitora, que es la nación gloriosa que nos vivificó con su sangre, con su alma y con su idioma, llegaremos, en no lejano tiempo, a ver flotar en el cielo de América y de la Península, las banderas de todas las naciones americanas, junto con el estandarte glorioso de la patria de don Pelayo.

Según la palabra, empapada en amor y santo orgullo de glorias y grandezas ancestrales, de la talentosa e inspirada escritora Blanca de los Ríos de Lampérez, la raza es el tronco multiseccular y generoso que enraíza en la tierra en que duermen los muertos de quienes nacimos, que extendió sus ramas hasta los más remotos confines del planeta que nutrió de sabia fecunda los siglos más grandes de la historia y que muestra en sus resalvos floridos su vitalidad perdurable.

Nosotros los centro-americanos, debemos asegurar la afirmación de la raza ante el Centenario de la Independencia de Centro América y enaltecer hasta la inmortalidad a aquellos grandes hombres, a aquellos fuertes, héroes del ideal que sacaron de la noche de la incultura a los vírgenes pueblos de América, en cuya opulenta juventud, siente ahora España fructificar su vida y florecer su alma.

Según la expresión de la misma fecunda y florida escritora, «Por aquellos grandes, por aquellos fuertes, aun los agresores de nuestra raza, salieron de la noche primitiva al claro día del progreso».

¡Gloria inmarcesible a la Vieja España legendaria, Quijote, o más bien, Cid de las naciones, caballero andante de la civilización, que con el poder de su brazo y con la llama del ideal por cimera del áureo yelmo acabó locas empresas del heroísmo que hicieron palidecer la leyenda.

Si a una de tan sublimes locuras de caballero del ideal y de la quimera, debió América su nacimiento a la cultura y cupo a la Madre Patria la gloria de haberla descubierto, ni España, ni América deben nunca renunciar a los instintos de raza, que tanto en la madre como en los hijos circulan como la sangre étnica por las venas del lenguaje.

Renunciar a esos instintos

sería renunciar a la leyenda y al ideal, y el ideal y la leyenda no mueren; son tan antiguos y serán tan eternos como la esperanza y el recuerdo; la leyenda es el tabor de lo pasado, el ideal el cenit de las aspiraciones, la leyenda y el ideal son las dos alas de arcángel con que el genio de la raza voló tan alto en los cielos de la gloria.

«La leyenda no fué para España una ficción vana, no fué el ideal una poética mentira alentadora; la leyenda la ha vivido España, el ideal lo ha encarnado en la epopeya colosal del descubrimiento y de la conquista de América.»

La leyenda no es para América una fantasía; el ideal no es para ella una visión de fantasmagoría. La leyenda la formamos y la vivimos nosotros, la vivirán nuestros hijos y la leerán en páginas gloriosas, como la encarnación de la libertad y de la democracia universal, cuyos protagonistas inmortales son Washington, Bolívar, Sucre, San Martín, Ricaurte y Girardot, héroes mártires del Bárbula y San Mateo, Hidalgo y Morelos, Delgado y los Aguilar, Valle y Barrundia en el Centro.

El ideal lo encarna la virgen América, tierra de promisión del porvenir, ostentando en el cielo de la libertad humana tres constelaciones de pueblos, que ya irradian fulgores de verdad y de justicia: La América In-

glesa, la América Latina y la América Lusitana.

La primera constelación brilla como astro de primera magnitud en el cielo de las naciones y pesa decisivamente en la balanza de los destinos humanos, con su hegemonía mundial, conquistada en la guerra más sangrienta que registran los siglos de la historia.

La grande alma de la América Latina, también irradia ya fulgores de luz y de intelectualidad, y sus veinte naciones continentales tienden a fusionarse en la gran confederación que soñó el genio de Bolívar y que ejercerá el control de los poderes y grandezas que amenazan la autonomía de su existencia; y formará con la gran Iberia la más grandiosa nacionalidad que registrará la historia, en la inmensa nacionalidad moral hispano-americana que tiene por sangre espiritual y por eterna alma colectiva, la gloriosa lengua de Cervantes.

La América Lusitana, el Brasil, la patria de don Pedro de Braganza, el emperador republicano, con su vasto territorio, con sus treinta millones de habitantes, con su fenomenal industria agrícola, sentará sus reales de reina virgen e inmaculada en el certamen de la civilización mundial; en ese gran concierto de la liga de las naciones, preconizada y propulsada por el jefe espiritual de la humanidad y por el altruista Presidente Wilson,—Loor

eterno a este repúblico, gloria del Continente americano, y de la especie humana, como fundador de los nuevos cánones del derecho internacional, que conducirá al mundo hacia la

meta de la perfección, aproximándose en lo humanamente posible al ideal de la verdad, de la justicia y del derecho.

PEDRO FLORES.

## La ciencia, el arte y las enfermedades sociales.

Impresiones de un viaje misterioso

Era una tarde cuando emprendí el viaje; las nubes se veían pintadas de rayas policromas; simulaban la policromía de las rosas de los jardines de Mesopotamia, el de las aves en las selvas de los trópicos, y el de las mariposas en los manantiales de los oasis. Pero después de haber partido me detuvo una cosa extraña. Medité acerca los estigmas psíquicos. No encontré teorías satisfactorias entre la galería de los filósofos, desde San Agustín a Descartes, desde Platón a Hegel y desde Spencer a Mercier. Abandoné la meditación y continué la marcha.

En el camino encontré mujeres suaves y delicadas como las descritas por la pluma del insigne escritor Gómez Carrillo, deidades mitológicas, nereidas como las descritas por Zacarías Bryan, Ninfas como las de Fenelón.

El viaje no tuvo nada de trágico; las sensaciones que experimenté causaron en mi espíri-

tu el atroz vértigo del avance y el placer.

Escalé montañas; visité panteones; escuché gorjeos y oí rugidos.

Cansado por la cruzada misteriosa, reposé sobre la grama que respiraba el aire juguetón que mueve las ondas de un mar. El ruido de las olas bravas simulaban las notas severas de los bajos de Wagner; y ahí ví atravesar durante un ratito que me quedé dormido, con pasos funerales, el siniestro desfile de los cadáveres de la Iliada, marcha conmovedora que me recordó el espantoso sufrir de la Odisea, el gemibundo palpitante de la Eneida y el llanto postergador de la Patí, al contemplar en su rostro la estrella luminosa, quien por su arte fué aplaudida en París con agudo delirio.

Ví pasar cadáveres de artistas y de genios, escombros espectrales: émulos del escenario y autores de los misteriosos ruidos armónicos, más o menos encantadores, que evocaban gra-



tos o tristísimos recuerdos al cerebro enfermo del apasionado. Y entonces, cuando desperté, exclamé: ¡El arte aumenta, y el moderno, en el campo de los versos, traspasa las esferas de la ciencia, al pergeñar sus rimas.

Abandoné la grama y el inmenso ruido que forma la efervescencia de la espuma al reventar las olas, y, me lancé al azar en persecución de mi ideal.

El vértigo del viaje hipertrofió mi aparato receptor de sensaciones.

Los colores que reflejaban los árboles, las flores, el fruto, el río, las campiñas, las colinas y las montañas, me parecieron una película blanca.

Me detuvieron las ideas que abrumaban mi cerebro con impresiones dolientes. El vértigo paralizó la velocidad de los músculos; la miopía siniestra cesó, presentándose a mi perspectiva, la atmósfera cubierta de nubes rojas y amarillentas; el cielo, se parecía a los hermosos lienzos hechos por el pincel de Benvenuto, tales como los descritos por Thein.

El aire llevaba entre su fluído los encantos de Petrarca, los llantos de Fascoto, las lamentaciones de la Traviata, el patriotismo de las óperas de Mercadente, las tristezas del Trovador y la voz imponente y sugestivamente patriótica de Garibaldi, autor de la fusión étnica de Italia.

Todo revestía gala pintoresca y se asemejaba a los romances más ideales de las eras literarias, preñadas de poesía y de filosofía arcaica, pero siempre palpitante en el espíritu de quien investiga el origen del arte y las fases de su historia.

Oí los versos de Bamba, portentoso genio italiano que hizo hablar en sus versos, con elocuencia de dioses, a la estatua del rey de los poetas itálicos: Dante, como Rubén Darío, que hizo hablar a la tierra y al cielo discutiendo la entrada de Victor Hugo en los pórticos oscuros de la tumba.

Carducci, historia las sensaciones que inspiraron a Bamba las estrofas que puso en los labios álgidos de Alligheri, y, como otro Béquere, el insigne y melancólico rimador de Toledo, hace hablar magistralmente las estatuas marmóreas de la catedral de Pueblo, de ese poético pedazo de la Andalucía, de donde cuenta Zorrilla su leyenda famosa del «Cristo de la Vega».

Recordé las liras vibrantes de Roma Pagana-Católica; de la Francia innovadora; las grandes ruinas de estas ciudades, me hicieron pensar en el país reformador, con su renacimiento fecundo, con su revolución bendita por las eras posteriores, por sus filósofos y literatos reveldes: Rousseau, Voltaire, Lamartine, Hugo, quien es autor de las notables obras: «Los Miserables», «El

hombre fiera», «El hombre que ríe», «Los cinco mil versos: Dios», etc., Flanmarión, autor también de un «Dios en la naturaleza», quien estaba de acuerdo con Victor en una misma idea religiosa; celosos que investigaron los fenómenos microscópicos como telescópicos de la creación, si me admite Spencer dicha palabra que tanto critica en sus «Primeros Principios» y le secundaba Buchner y Fuerbach con la pléyade de materialistas y positivistas.

Ví a Arkaffkoff criticando a Cardek por sus teorías filosófica-religiosas, a quien admiraban Victor Hugo, Flanmarión, León D'Nis y después apostataando a la suya, se adhirió a las teorías de esos hombres insignes, a Lombroso con su Psiquiatría, su Criminal loco y nato, y oí a Buchner negando las teorías de las ideas innatas, a Spencer, uniendo los polos Norte y Sur de la esfera, la lógica del positivismo y la apriorística de la teoría dogmática; la ciencia y la religión con sus cuentos fantásticos y demoníacos como dijera Ferri y el sabio bonairense José Ingenieros; a Chateaubrian, con su «Genio del Cristianismo» y a Milesbo, con «Su Cristo nunca ha existido»; a Cardek, con su «Filosofía Espiritista» y a Goethe con su «Historia de la Creación»; a Santo Tomás, con su «Suma Teológica»; a Darwin, con su «Origen de las Especies»; a la

Biblia y a Voltaire; al Papa y a Lutero.

Así mismo, oí a químicos, a físicos y gramáticos. Y estas teorías distintas de los filósofos, si no trastornan la de las ciencias exactas y concretas, pueden conducir las abstractas a las celdas de un manicomio o al hospital, frontispicios o antecelas de las tumbas en donde todavía no se descansa del peso abrumador de tantas opiniones que aborta el cerebro humano en el campo de las ciencias.

Unos dicen que tenemos alma y según otros no; unos alegan que el pensamiento es una de las potencias del espíritu y otros opinan que es un producto químico; unos dicen que hay Dios y otros no; unos dicen que las sociedades han sido formadas por necesidades individuales y que no se pueden satisfacer por sí mismas, y otros que han sido formadas por un contrato; unos dicen que la mejor forma de Gobierno es el republicano y otros que el monárquico, y, el anarquista se ríe; unos suponen que hay criminales de nacimiento y otros que el ambiente los fabrica; unos piensan que los astros del tachonamiento infinito están habitados y otros que no; unos dicen que el aborto es un delito y otros opinan lo contrario; unos detestan la poligamia y otros hasta el matrimonio monárquico; unos aman a las mujeres y otros las maldicen; que hay

infierno, que no hay; que hay moral, que no la hay; que hay honradez, que no existe; y, todo en el mundo real, en la línea general de las ideas científicas, es un maremagnum de ilusiones y de hipótesis que ridiculizan con sus jocosidades, el temperamento adverso de las distintas teorías del cerebro que las emite.

Y pensaba cuando regresaba al punto de partida en la bella Pompeya hundida por la pirámide del Vesubio, en Venus afroditada, en Venus retosona, en Venus dormida, en las esculturas escandalosas, en la prostitución pornográfica, en los versos quevedanos, en las ingeniosidades del Quijote, en los chascarrillos de Boudelaire, en las geniadas de Pirón, en las bufonadas de las cortes, en las estatuas del Capitolio Romano, en los versos de D' Anunzio y Leopardi, en Valencia y Lugones, en las iras de Vargas Vila y las de Montalvo, en las dulzuras de Jorge Isaac, en la pluma de Andrés Bello, traduciendo la "Oración por todos" de Victor Hugo, en los versos místicos de Santa Teresa de Jesús, en los lienzos de Leonardo, en las voces monstruosas de Karulti y Tamago, en la yema flexible y elocuente de los dedos de Eleodora, en las notas coquetas del Carmen, en las melodías de Wagner, Waltherfel, en la música sorprendente de la Patti, en los pinceles paganos de tan-

tos genios de las pinturas, en las esculturas mágicamente asombrosas de tantos reyes del buril, en la prosa de tantos pensadores, juguetones con la idea y emprendedores del pensamiento, en las crónicas de Ingenieros, Gómez Carrillo y Zelzarril, en los sueños de Verdi, en las alucinaciones de Flanmarión entre las constelaciones . . . . .

¡Cuántas sensaciones sentí cuando pensé en las concavidades de Pompeya! He ahí la Historia del arte.

El arte no tiene opiniones que se contradigan; es simplemente asunto de estética y la estética varía según la psicología del artista; no tiene más objeción que el numen que la naturaleza ha inoculado en la masa encefálica que piensa y siente.

¡Oh Pompeya!: entre tus ruinas guardas la causa misteriosa que hace algunos años he buscado en Theine, en Lombroso, Lorento, en las observaciones de nuestras sociedades, en la corriente de los hechos sociales que nos guarda la historia de los tiempos y de los pueblos. ¡Oh Pompeya!: en ti está descifrada la enigma, y ahora que la encuentro, exclamo: ¡Las enfermedades sociales existen por el arte!

San Salvador, 20 de octubre de 1920.

GILBERTO VALENCIA R.

## Voz íntima

He leído tus cantares de cariño saturados,  
púlcros versos exquisitos en que un santo fuego arde;  
rimas tersas y fragantes cual jazmines de los prados  
que inocentes juguetean con el aura de la tarde.

Son libélulas de seda, colibríes de amaranto  
que me traen, generosos, rico néctar de ternezas;  
son jilgueros y zenzontles que me aduermen con su canto,  
son luceros matinales que osculizan mis tristezas.

Con los ojos hacia el cielo tu oración musito y crece  
en plegarias eucarísticas que en mi mente guardo ya  
como una égloga divina que mis horas embellece  
y que mi alma peregrina nunca más olvidará.

¡Oh querube milagroso que al ensueño me convidas!  
Eco suave de follaje, agua fresca de fontana;  
hoy y siempre, prosternado, cantaré trovas sentidas  
del amor de mis amores en tu lírica ventana.

## Nupcial

Suspiro, ansioso, diva hechicera,  
por tu frescura primaveral,  
a cuyo halago—flor de quimera—  
bordo las sedas de mi ideal.

Quiero en tu frente—nido de tantas  
ensoñaciones—mirar flotar,  
como caricias tiernas y santas,  
las blancas gemas del azahar.

Verte cubierta por los candores  
de tenue velo, por los olores  
de suave incienso; y oír la voz

murmuradora de la campana  
que diga al aura de la mañana  
que ya felices somos los dos.

R. ZALDÍVAR LAGOS.

## SILUETAS CAMPESTRES

(LOS FLETEROS)

Son las tres de la tarde; por el camino de arriba que viene de Alegría se oye ruido de carretas; es Timoteo que viene a llevar su flete de café al beneficio: es su misma carreta vieja de ruedas de piezas con llantas de hierro sumamente gastadas, y su misma yunta de novillos de años anteriores, Asombro y Guacamayo, dos animales muy conocidos de nosotros, pues aquí se han criado trabajando todos los años; no han adquirido gran tamaño, pero se han hecho muy fuertes y resisten bien la temporada, *sin protestar* un solo momento, aun cuando el trabajo haya sido muy duro, al menos que yo sepa; al contrario de muchos hombres que viven eternamente protestando, sin trabajar un solo momento. ¡Contrastes de la vida! Timo coloca su carreta en posición de recibir la carga más cómodamente, a fuerza de cejar los novillos dándoles fuertes golpes en el hocico con la vara de la puya, acompañando cada golpe con un «ceja Asombro, ceja Guacamayo.....¡Vaya hombre!... ¡Eh qué *novío*.....!» y otras dulces palabras, que no juzgo conveniente repetir a mis lectores; pero que supongo se imaginan, pues es sumamente conocido el vocabulario de nuestros boye-

ros. Después despega la carreta y sin desenyugar los bueyes, los amarra a un árbol de ceibo que está en el patio principal de la finca y, sin cuidarse de dar un poco de zacate a los pobres animales, se interna entre el cafetal en busca de su mujer que está cortando café, en compañía de treita cortadoras más. Mi criado da de comer a los bueyes. Una hora después vuelve Timo con un saco de café maduro, a cuestras, cortado por la mujer, y, viendo que hay el número suficiente de sacos para dos fletes, amarra fuertemente la boca de cada saco, *pega* nuevamente los novillos a la carreta, prepara, con ayuda de su hijo Juan (muchacho de 14 años) la otra carreta, que es de la finca, de la cual tiran mis bueyes viejos, Chilote y Cuervo; cargan cada carreta con ocho sacos, de ciento ochenta libras de peso cada uno, y se van al beneficio situado en Santiago de María, ya como a las cinco de la tarde. Desde la casa empieza una larga cuesta empedrada, de gradiente muy fuerte. Los bueyes hacen fuerzas para detener la carreta más bien que para arrastrarla, van casi sentados, arando el suelo con las patas traseras, parecen que fueran a quebrarse. Timo

dice: «AY, PARA ABAJO NO SE DETIENEN.» Ya lo creo. Lo bueno fuera que pudieran detenerse en cualquier momento. ¡Pobres animales! *¡Ni una sola protesta!*

Al pié de la cuesta hay un pedazo del camino que es encallejonado, sumamente estrecho y con muchas piedras grandes. Al llegar a este punto, la carreta de Timo sufre un fuerte golpe y se quiebra el eje y el timón. Son las seis de la tarde.... ¡Qué hacer!.....Después de algunas vacilaciones decide Timo ir a dejar el flete de la carreta que ha quedado buena y volver por el otro, mientras tanto Juan se queda cuidando el inválido vehículo. Así se verifica al fin. Entre tanto la noche avanza y cada rato se hace más denso el negro velo que se ha extendido sobre medio mundo, pues la luna está de mengua y sale en la madrugada, apenas si la hermosa Venus derrama sus fulgores sobre la Tierra; pero no alcanzan a llegar a estos caminos que cruzan entre el bosque de los cafetales.

Yo espero con ansia en la casa de la finca la vuelta de los fleteros, bajo la inclemencia de un frío de 8 grados sobre cero y azotado por un viento que silva, ruje, brama, musita y parlotea entre las hojas de los árboles. ¿Qué harán?, me pregunto a cada instante, paseándome de una puerta a otra de mi habitación rural, con desesperación de neurasténico, pre-

sa de ansiedad infinita.....Son las ocho de la noche; ya se oye ruido de carretas.....ya vienen.... sigo paseándome y enciendo un cigarro, que fumo apresuradamente. ¡Nada! Era el viento que todo lo simula. Media hora más, que se hace un siglo,....otro ruido; ahora sí, se oye bien el rebotar de las ruedas en las piedras del camino. Creyendo que pronto han de llegar, saco una lámpara encendida al corredor. Pasa otra media hora de angustias; ya son las nueve; el viento ha calmado; nada de ruido. Todo era ilusión. El frío es insoportable, me pongo mi sobretodo y enciendo otro cigarro. ¡Qué ansiedad!.....Por fin, a las nueve y media viene Timo con una sola carreta y las ruedas de la otra tiradas por las dos yuntas en cuarta; la otra cama averiada quedó a la vera del camino. Estas o parecidas escenas se repiten todos los días. Apesar de los contratiempos todo el café cortado en la semana se ha enviado al beneficio. Timo ha descontado casi todo el valor de su habilitación y su mujer salió ganando quince pesos.

*El domingo.*—Días le Dios— Buenos días señor Timo—Y Juan?—(el mandador)—Siado a Santiago con Tuno a mercar maíz.—Y Don Manuel?—Ai está, es que lo tengo encerrado porque hace mucho polvo. (María, la hija mayor del mandador estaba barriendo el corredor).—

¡Veya!—Es que hace mucho polvo.—Sí, como no, yo creiba que había aido al pueblo.—No, es que lo tengo encerrado, porque hace mucho polvo.—¡Veya....!—Quería hablarle?—Sí, como no.—María abre la puerta y me llama. Salgo al instante y pregunto a Timoteo lo que se le ofrece, cosa que sé de antemano. El, con el corbo bajo el brazo izquierdo y el sombrero calado hasta las orejas, pues nuestros campesinos no se quitan el sombrero ni para dormir, me saluda del mismo modo que saludó a María.—Días le Dios, patrón, ¿cómo le aido?—Bien, Timo, ¿qué querías?—Timo empieza a rascar el suelo con el dedo gordo del pié derecho, da dos o tres tosiditas falsas, agacha la cabeza, y, haciendo un esfuerzo supremo, me dice:—yo quería ver si me habilitaba de unos seis pesos para seguirle ayudando en el corte o en los fletes.—Bueno, hombre, sea por los fletes, y le entrego un billete de a cinco pesos y otro de a uno, que pugnaba por hacerse dos, a pesar de un remiendo de papel impreso que tenía pegado con engrudo de largo a largo por el medio. ¡Ya causa náuceas y conmisericordia nuestra moneda

de papel! Timo me suplica cambiarle aquel tasajo, como le llaman ellos en broma a los billetes de a peso. Le doy otro menos malo y se va con una sonrisita enigmática. Yo paso todo el domingo leyendo los dramas de Shakespeare. Por la tarde, oigo gritos en el camino y ruido de machetes arrastrándose en las piedras. Es Timo que vuelve de la ciudad poseído de verdadera locura alcohólica y buscando pendencies con un compañero de trabajo. Mucho me cuesta separarlos y mandarlos a acostar. Después de comprar el maíz y los frijoles para la semana, y algunas jícamas y semitas de Gotera para los chicos, lo demás del dinero quedó en el estanco. El lunes no viene nadie a trabajar, porque están curándole la goma a Timo ¡Tal es el triste fin del dinero tan penosamente ganado por nuestros pobres campesinos! Apesar de los vicios, nuestro bajo pueblo encierra un cúmulo de energías que urge orientar en el sentido de su propio engrandecimiento. Se impone un estudio minucioso que siente las bases de una futura regeneración.

M. QUIJANO HERNANDEZ

EDIFICIO DE UN HOMBRE PROMINENTE QUE FUE  
REALMENTE EXIMIO PATRIOTA.



CASA DE HABITACION DEL GENERAL MENENDEZ.



## Importante reseña histórica del general MENENDEZ

En el cerebro del niño, blando como la cera, las primeras impresiones dejan siempre huellas. Algunas de ellas son perdurables, porque en la punta del estilete que graba, van átomos de luz, y la chispa, la idea se incrusta en hondo surco indeleble. Así se conservan en la memoria del hombre recuerdos del tiempo viejo, es decir, del tiempo niño, que entre las brumas de la infancia son como estrellas colgadas del manto del alba.

\*

Yo guardo de aquel tiempo la silueta de un gigante: no de esos que nos asustan en los cuentos de hadas, sino de esos buenos, amables, que nos atraen, porque les circunda luz apacible como a los santos que entonces adoramos: porque hay sonrisa en sus labios y mucho amor en su corazón.

\*

Una mañana, como de costumbre, iba a la escuela: mi pizarra colgada a la espalda y el *bolsón* en el costado izquierdo, cruzado al pecho.

Pasaba frente al Hotel Alemán.

—«¡Ea! amiguito, venga para acá» dijo una voz que no me sonó mal. Volvime, y ví des-

tacarse en el marco de una puerta la figura de un hombre alto, muy alto, que me sonreía.

Este es «un gigante», pensé.

Lejos de huir amedrentado, sentime atraído, y luego me ví en sus brazos.

—Ud. es fulanito, ¿verdad? Ah! yo conozco mucho a su papá. Somos hermanos.

Miré al gigante de los pies a la cabeza. Mi padre, recordaba yo, no se parece a este señor: éste es flaco, narizón y no tiene barba.

—Hermanos, porque nos queremos mucho, por el corazón, me dijo comprendiendo mi extrañeza.

—¡Ah! . . . .

¿Y su papá? Han sabido de él?

—Está allá, señor, en el destierro.

—Pues estudie mucho; pórtese bien; sea bueno, para que pronto sea hombre grande y ayude a sus padres.

Como mi ideal era ser grande, me prometí ser bueno para crecer pronto.

—Va Ud. a la Escuela? Mire, tome esto para que compre sus libros.

Envueltos en un pedazo de periódico me dió 5 \$ ¡¡ CINCO PESOS!! Aquel señor debía ser muy bueno; y era además, hermano de mi papá.

\*

Durante muchos años, a la mañana, siempre que iba a la Escuela, me daba dulces y me decía cosas que me gustaban.

El gigante y yo éramos buenos amigos.

En mi casa siempre decía yo, ahuecando la voz: mi amigo, el general Menéndez.

\*

Una vez oí decir: «Menéndez está con grillos». Y no pude comprender como un gigante se deja aherrojar. Y además, es bueno, pensaba, recordando mis excursiones matinales.

\*

Era el 22 de junio de 1885.

Qué motiva tanto entusiasmo? La ciudad reboza de júbilo.

¡Viva la República! ¡Vivan los libertadores!, por todas partes.

Yo, a una voz con el pueblo, grité al ver, ¿sabéis a quién? a mi gigante, ceñido de laureles, ¡Viva el general Menéndez!

Cincinato, Catón, Aristides, fueron gigantes: así mismo era el mío: honradez acrisolada, justicia, bondad excelsa, amor al bien, a los suyos, sus conciudadanos, mucho amor a la Patria.

Por lo demás un corazón grande, noble, restablece el equilibrio con la sabiduría.

\*

La carta Fundamental, la Ley, mandan; El Gabinete dirige; Menéndez vela; el Pueblo gobierna.

\*

El maestro lleva el pan del alma hasta la última aldea: todos comen de él y piensan; difunde la enseñanza y todos tienen ojos y ven.

La ignorancia despliega sus grandes alas negras, porque la luz le hiere en el rostro, y ella gusta de las sombras como el murciélago.

La juventud es semillero de inteligencias, porque el estímulo la golpeó en el pecho despertando sus aptitudes.

Hay asociaciones literarias. El amor al arte nace al soplo del bienestar político y social, y ese amor sublime es crisol en que se purifica el espíritu de la juventud: la esencia se evapora derramando en el ambiente el perfume del ideal.

Hay institutos científicos. Nuestra Naturaleza se siente removida por el escrutador análisis que arranca a sus entrañas el grano de oro.

\*

Clubs políticos ¡Ya lo creo! La cosa pública es de común interés: es de todos y para todos. El joven republicano se informa.

\*

La prensa libre.

El periódico, el libro, llevan nuestras ideas allende los mares.

\*

El Salvador como entidad política es conocido, y aceptado en la comunión de los pueblos civilizados.

NUESTROS ESTABLECIMIENTOS DE BENEFICENCIA



HOSPITAL DE AHUACHAPAN

Fundado por el benemérito centroamericano don Francisco Menéndez

El comercio floreciente, sin trabas en sus transacciones.

La cuestión económica, en auge.

Las rentas de la Nación, sosteniendo las buenas instituciones.

Proscritas las contratas onerosas para el país.

Cabisbajos andan esos especuladores que tanto medran con los malos Gobiernos: hombres sin patriotismo que, escudados por el dinero, desgarran impunemente el corazón de la Patria. La justicia, la propiedad, son óbice a las malévolas intenciones de esos aduladores que para explotar el País endiosan a los tiranos.

\*

Los hombres pasivos, esos que no dicen oxe ni moxte en su *santa resignación*; esos cuyas protestas contra el despotismo no llegan siquiera a los labios, son *avis rara*, porque en los países como el nuestro, casi habituados a la coyunda del usurpador, la libertad en todas sus manifestaciones no puede menos que sentirse y expresarse.

Suena "la *campana electoral*" y el pueblo va a los comicios, y da el voto libre, primera palabra del ciudadano traducida en hecho; ya no la balbucea, lo lleva, lo deposita en la urna.

\*

Aurora de paz, de progreso, de trabajo, embalsama el ambiente.

La Agricultura adquiere mayor ensanche, los campos, los buenos amigos de Menéndez, visten de gala.

Parece como que la tierra alborozada comparte el bienestar general y prodiga todos sus dones.

\*

El labriego bendice a Dios y al General, porque halla el pan de cada día y la tranquilidad de su choza. La madre está contenta, porque sus hijos no andan desnudos y porque aprenden a leer; y hacen letras en la arena.....

El hijo mayor habla de los derechos del hombre; de la Patria!

\*

En medio de aquel cuadro se destaca la figura de Menéndez. Es el mismo que ví por primera vez destacarse en el marco de la puerta: bueno, amable y con mucho amor en el corazón.

Recordando mis impresiones de la infancia, me detuve algunas veces a observarle:

Alto, flaco, de ojos pequeños y chispeantes, que cuando hablaba de la Patria, brillaban como astros que titilan; frente ancha, un tanto inclinada; nariz grande, recta; labios delgados, que expresaban firmeza de carácter; barba saliente; perfil de acero. Hablaba de prisa, tartamudeando algo, como si aveces el vocablo se mostrase rehacio a la idea, y entonces acentuábase en el carrillo izquierdo uno como tic convul-

sivo que contraía los músculos. La frase breve, entrecortada, como por sacudimientos de la voz.

Hombre de actividad prodigiosa, infatigable, que revisaba por sí mismo cuanto trabajo material se emprendía.

\*

Por respeto a la libertad de la prensa, toleró hasta sus abusos: desde la zátira mordaz hasta la caricatura grotesca que muerden el amor propio.

Solamente en casos excepcionales, extremos, antepuso su personalidad y cometió errores; pero aún en sus yerros, se vé casi siempre un fondo de sinceridad, de bueda fé.

\*

Fué César alguna vez, pero como Marco Aurelio.

Ante la ley, ante la justicia, fué siempre recto, inflexible, inexorable; hasta intransigente.

Si Menéndez hubiera desoído algunas veces a sus consejeros; si se le pudiera considerar aislado de algunas intrigas de sus allegados, sería intachable.

Bajo un sistema de gobierno descentralizado, Menéndez habría sido un gobernante ideal.

\*

Acérrimo partidario de la Unión centroamericana, esa idea encarnaba su última aspiración.

El Pacto celebrado por la Dieta centroamericana, en oc-

tubre de 89, hallaba en él decidido apoyo.

\*

Su período constitucional declinaba.

Clubs políticos, representando los diferentes partidos, luchaban en la arena electoral.

Cada cual lanzaba su credo, su candidato, en aquella lid de principios, de ideas.

Por primera vez en El Salvador, merced a la evolución político-social, corolario del buen gobierno, el pueblo tomaba verdadera participación en la campaña electoral.

\*

Era el 22 de junio de 1890.

Conmemorábase el aniversario de la Revolución de mayo.

La Ciudad empavezada. El entusiasmo desbordando en todos los corazones.

Menéndez, a los ojos del pueblo que lo victoreaba, estrechó con efusión, entre sus brazos, a su hijo adoptivo, a su hermano, a Carlos Ezeta, que a la sazón comandaba las fuerzas en la revista general del ejército. Aquel abrazo parecía desvanecer los rumores que hacía algunos días corrían de que se fraguaba una rebelión en Occidente.....

Su Carlos, como Menéndez lo llamaba, revelarse? Imposible! Acaso no era él el subalterno, más querido? Acaso no era él quien compartía con los suyos todo su cariño paternal?

POETISA SALVADOREÑA



MARIA TERESA ARRUE,  
autora del soneto: intitulado «*La vida y la muerte*»

¡Oh! no, imposible! Y con amor le estrechaba entre sus brazos....

\*

Por la noche, en los salones de Casa Blanca, hallábase reunida la Sociedad Salvadoreña.

La familia Menéndez hacía los honores de la fiesta.

El General estaba en sus habitaciones, *indispuesto*.

Carlos Ezeta, el íntimo amigo, había ocupado su lugar en la mesa, esa tarde, en la comida de familia. Brindó por su bienhechor, por su padre, por el General Menéndez.

Compartíase la más cordial animación.

Vibraban en los salones los acordes de la mazurca «Los Marineros», cuando se oyó, hacia afuera, la «Marcha de Boulanger», y enardecióse más el entusiasmo de las bulliciosas parejas.

De improviso el estruendo de una descarga; luego, otra.

Es el Pueblo, el ejército, que saludan al General, pensamos todos, y prosiguió la mazurca más alegre aún.

«SEÑORES, SE SUSPENDE EL BAILE» dijo una voz fuerte y sonora, y calló la orquesta.

Por un instante nos quedamos todos sobrecogidos de asombro al eco amenazador de aquella voz vibrante.

El General Melecio Marcial, en actitud bélica, la espada en la diestra, levantada, seguido de 25 soldados santanecos, desde el corredor que separaba los salones, intimaba a que se le

entregasen al Presidente y al Ministro de la Guerra.

Los caballeros sin más armas que los guantes.

Como se tratara de averiguar lo que pasaba, «el tiempo es precioso, señores, dijo Marcial; si dentro de cinco minutos no se me entrega al General Menéndez, mandaré hacer fuego», y puso en guardia a sus soldados.

Marcial salió a dar alguna orden, probablemente, y volvió poco tiempo después, herido en el carrillo derecho.

Menéndez desde la plataforma del piso alto, imprecaba a los insubordinados.

La Guardia de Honor, al mando de su Comandante Coronel Martínez, rechazó la tropa de Marcial: éste quedó mortalmente herido en la refriega.

Menéndez, seguido de sus hijas que aclamaban al hermano, a Carlos, para que defendiera a su padre, bajó hasta el peristillo, espada y revólver en mano, retando a los rebeldes.

Brillaba sobre su frente como un rayo de luz olímpica, y en sus pupilas chispeantes reflejábale toda la indignación que herbía en su pecho.

La soldadecza inconsciente dió un grito: ¡Viva Carlos Ezeta!

\*

Menéndez, como herido por un rayo, cayó muerto!

\*

Rodeado de su familia, de sus amigos, del pueblo, a la luz

de los cirios, ví por última vez a Menéndez.

Todos estaban allí. ¡Ah! no, faltaba él; el hermano, el hijo.....

\*

¡Cain! por qué huyes? Temes esa mirada que te persigue?

Dónde estás Canut? Te espantan las gotas de sangre que del cielo sobre tí caen.

\*

Atravesamos la Plaza de Armas.

La muchedumbre, a paso lento, callaba.....

Entre los fulgores del crepúsculo de la mañana, hacia el Sud-este, se dibujaba como gigantesca tumba la Casa Blanca.

Allí cerca estaba un cuervo.....

\*

Por un instante ví hundirse la ciudad, el País, en un abismo

infernol. Un monstruo ventruado, zambo, pelicrespo, goteando sangre de su espeluznante cuerpo, atizaba con su tridente la hoguera en que se consumía la Patria..... (\*)

\*

Pero sentí sobre mi hombro el peso del ataúd, por última vez, me hablaba mi amigo de la infancia, mi gigante, y dispóse el vértigo: Había visto abatida y llorosa a la juventud....

\*

¡¡Hay lágrimas que son esperanza!!

J. ANTONIO DELGADO

Guatemala, 22 de junio de 1892.

(\*) Carlos Ezeta.

## La vida y la muerte

En el mar de la muerte, va la vida,  
barquilla débil que en su anchura vuela  
al beso que Favonio da a su vela,  
y en ella boga la esperanza erguida.

Al principio, gallarda y atrevida,  
deja a su paso luminosa estela  
que parece de espuma rica tela  
con los rayos del sol entretejida.

Más, ay! . . . . el cielo azul y arrebolado  
negro se torna con nublado fuerte,  
y el huracán revienta arrebolado. . . . .

¡Pobre barquilla! se cambió tu suerte,  
que en el rugiente oleaje alborotado  
halla la vida inevitable muerte.

M. LINA.



NUESTROS PASEOS PUBLICOS



PARQUE MENENDEZ.—Ciudad de Ahuachapán

BRONCES LITERARIOS

## Francisco Gavidia

MUCHO sé y algo he leído del enorme poeta indohispano que lleva este nombre musical—FRANCISCO GAVIDIA—que como el de Rubén Darío, el amador de los cisnes, suena armoniosamente como si fuera el de un poema de Nervo, o de Molina, o el ritmo de un *Himno a la Noche* del gran lírico alemán.

Le conozco al calor del relato, aquí en San Salvador; y de lejos, por sus grandes cosas líricas que ha escrito, que son sucesos anunciadores de gloria e inmortalidad.

De lejos, Gavidia se levanta a mis ojos tal como es: figura culminante de la literatura hispanoamericana. Y de cerca, me parece un enigma, un gran enigma de hombre sabio, especie de Nietzsche hurraño, encerrado en su torre de ensueño, que mira desde lo alto de las almenas áureas la marcha de la Humanidad que aquí abajo, en la tierra, se arrastra como un grotesco pigmeo, miserable y prosaico.

Un lírico hermano mío ha llegado hasta el alcázar del gran soñador, y me refiere—con temblor de emoción,—cosas del

viejo maestro primaveral que han maravillado mi espíritu.

Figuraos que el Taciturno, en su eterna borrachera de poesía, ignoraba la existencia del bolshévismo, la caída del gran emperador loco de gloria, las ocurrencias de papá Wilson, el más feo y el más grande de los yankees en el siglo XX, que ha soñado con la alianza universal; en fin, que el Maestro no *vivía* para las pequeñeces humanas y apenas si el mundo *vive* para él.

Y es que Gavidia estudia, estudia sin descanso, con avidez que asombra. Y fuera de la taumaturgia de sus libros y talmudes, no se informa que el mundo camina al revés y que todo va poseído de locura.

Y ese hermano que se extasia ante el hombre-enigma, ha querido que yo también le conozca y que le hable y le oiga. Mas yo le temo y no quiero conocerle. Le temo a su espíritu enorme; y más aún, temo penetrar en su lírico jardín, donde yo sé que hay innumerables flores y poemas de idealidad.

Quiero verle de lejos; así, con toda la magnitud y magestad con que le vió Darío. Quiero verle de lejos, con ese encanto que nimba las cosas apenas sospechadas, como el hombre enigma encerrado en su torre hermética, alejado de la estulticia

de este siglo en que los hombres sólo rinden culto al becerro de oro.

ANTONIO OCHOA-ALCANTARA

San Salvador,  
1920

## Ante los escaparates

En noche serena, noche de apacible calma, noche de paz y de amor, con un cielo despejado de nubarrones y bordado de estrellas, noche suave sin vientecillos húmedos, precursores de temprana tempestad, en noche tal me fuí al Dueñas con objeto de oír algunos números del concierto musical y darle el descanso necesario al espíritu después de un día de trabajo.

Aquella noche, la batuta del maestro Olmedo, interpretando la divina inspiración de los autores, arrancaba, de los mágicos instrumentos, dulces armonías que cual locas y bulliciosas avejillas revoloteaban por los ámbitos del paseo.

El gratisimo olor de las flores y el perfume de las bellas saturaban el ambiente hasta aromatizarlo con suma delicadeza.

Confundido entre la abigarrada multitud dí unas cuantas vueltas; y no hallando sitio donde descansar, me ví obligado a salir del Parque.

La casualidad me empujó al Portal de los *púlpitos*. Maquinalmente me detuve ante uno de los escaparates, quizá el más rico, el más brillante, el más lucido por su exquisita y bien ordenada presentación de objetos profusamente alumbrados.

La suerte me llevó, en aquella ocasión, a ser testigo de una de tantas escenas de la vida.

Contagiado de curiosidad, con los codos logré abrir campo y ocupar puesto preferente, en medio del apiñado grupo de curiosos que contemplaban, con ojos de gran deseo, los mil objetos de arte exhibidos.

Una ligera mirada me fué suficiente para dejar satisfecha mi curiosidad y me puse a observar atentamente.

Una señora de edad avanzada, con sendas mozas de sus brazos, se hallaban delante de mí. Una de las jovencitas extendió el brazo que le quedaba libre y señalando un punto del escaparate, exclamó con voz melíflua:

## BELLEZAS SALVADOREÑAS



BLANCA ADRIANA MAGAÑA,

es hija de nuestro consocio honorario, doctor Simeón Magaña; nació en la hermosa ciudad de Ahuachapán, en donde es muy apreciada por sus dotes morales, intelectuales y físicas que no son nada comunes.

Ha sido educada en los Estados Unidos de Norte América y en Europa, países en los cuales cosechó aplausos inauditos por su aplicación constante en todos sus estudios.

—Mira! mamá! que bien me caería aquel frasquito de perfume «Lorigan»; el «Jasmín» que me regaló Pepe, el día de mi santo ya se está acabando...

—Yo, dijo la otra jovencita, me llevaría con todo gusto, aquel collar de perlas, que me luciría a las mil maravillas, verdad mamá?

—Yo dijo la anciana, sin dar importancia a los deseos de las niñas, me conformaría con esa preciosa mantilla, para ir a misa de ocho los domingos, porque esta que tengo corre parejas con mi edad, recuerdo que me la compró mi marido un mes antes de morirse....

Un personaje anónimo se arrió a mi derecha, y clavando la mirada en una hermosísima cartera de piel negra, oí que dijo suavemente:

—Lo que es a mí, me gustaría ser poseedor de esa cartera, con algunos billetes aunque fuesen de a un colón, no importa que sean rotos y mugrientos.

Un trasnochado, lanzó un suspiro aguardentoso y con voz trémula murmuró:

—Con media docena de ese rico Moscatel, tendría dos botellas de *desinfectado* donde el Chele Santiago y... ¡qué feliz sería yo!

Un chiquitín, forcejando sin soltar la mano del papá, logró pegarse a los vidrios del esca-

parate, y con voz chillona gritó:

—¡Papá, papá, cómprame ese automóvil y ese caballito con ruedas... papá, papá!

—No seas molesto, hijo, hay que ver y callar!...

—Cómpramelo papá...

—Después será...

—No, ya lo quiero, mi padrino me regaló un peso y vos te lo cogiste, cómprame ese cochecito, te digo!...

Un fuerte tirón hizo desaparecer, como por encanto, al indiscreto rapazuelo, cuyos sollozos fueron a confundirse con el constante rumor de voces y pasos de los paseantes a lo largo del portal.

Y como el calor era sofocante, me retiré del escaparate, y camino caminando, me fuí a casa con la impresión de lo que había visto y oído.

¡Y pensar que aquella escena se repite a diario frente a los lujosos escaparates de las tiendas y almacenes de esta bulliciosa capital!

No hay que dudar, pensé, los escaparates seguirán siendo siempre, testigos mudos, de esas escenas que dan idea exacta de las condiciones en que, por desgracia, se hallan mis prójimos desheredados de la veleidosa fortuna.

¡Ah, los contrastes de la vida!

Mientras muchos poseen dinero suficiente para gastarlo en francachelas, otros abundan en paciencia y valor para ir a expresar, de viva voz, sus deseos ante los escaparates de una tienda sin preocuparse del oído ajeno!

A. RAMÍREZ PEÑA.

San Salvador.

## BLASON

El cisne inicia un mohín  
como una interrogación.  
Hay una constelación  
de rosas en el jardín.....!

Brilla el último lucero  
su última palpitación:  
el sol, una insinuación  
hace detrás del otero.

El árbol se despereza  
y conversa con el nido;  
el surtidor no ha dormido  
en toda la noche, y reza.....

Una acuarela dibuja  
la luz fresca de la aurora;  
y un zenzontle—en voz sonora—  
cuenta el cuento de una bruja.....

Un gallo suena el clarín  
en su mansión imperial;  
es hora del despertar  
y del eterno trajín.

Una leve golondrina  
signa veloz una fuga;  
y en una grieta, una oruga  
se baña en luz diamantina.

Inmaculada camelia  
teje una rima armoniosa  
para tu ilusión de rosa,  
para tu alma de Cornelia.

Y yo—pobre rimador  
de mi verso, que es mi vida—  
imagino que mi herida  
es una rosa de amor.....

Savia de mi corazón,  
agua lustral de mi ensueño,  
lítil capullo sedeño  
para mi rara emoción:

Mi alma es tuya toda entera;  
haz la tuya siempre mía;  
¡y borda—con tu alegría—  
de rosas mi Primavera.....!

ALBERTO V. MONTIEL

S. S.,—30—VIII—1919.

## Retórnelo

Te he vuelto a ver.

Así, bella, como encarnaste  
en el misterio de mi espíritu;  
así, encantadora, como te pre-  
sintió mi corazón; así, román-  
tica, como te soñó mi fantasía:  
así te he vuelto a ver.

Bella, encantadora y román-  
tica te miraron—en ansias de  
otros climas y otras flores—  
los murientes celajes y los cam-  
biantes grises de aquel crepús-  
culo de tu despedida;

también así—bella, encanta-  
dora y romántica—esplendiste,  
fascinadora, nimbada de dicha,  
en la hora risueña del retorno,  
en el vívido amanecer de mi  
esperanza.

Te he vuelto a ver.

La ausencia—estío del alma  
—no logró marchitar las flores  
de mi pasión, porque esas flo-  
res—flores ingenuas de mi pa-  
sión profunda—si lejos del be-

so de tus miradas, si solitarias a las riberas del recuerdo--bañaron sus cálices en las corrientes lumínicas de tu imagen perenne en mi mente.

El canto de mi fé—de mi fé en tus promesas—no se extingió en la distancia de mi ser a tu ser, ni el ave del pensamiento tendió sus alas al vacío del olvido.

Y ahora, cuando las flores de tu país natal han vuelto a ceñir el oro vagaroso de tus crenchas y a poblar de adagios perfumados el turíbulo de tus corpiños, yo te contemplo—como en aquel crepúsculo de tu despedida, como en la hora risueña del retorno—bella, encantadora y romántica.

Te he vuelto a ver.

Cuando Selene, argentada y suave, cubría de pálidos dosesles las adormideras de tus alcobas: el Angel del amor, peregrino de la noche ¿no murmuraba secretamente a tu oído la arcana balada del recuerdo.

Y cuando allá—en tierra extraña—otras áuras, otras flores y otros amigos formaban el cortejo de tus encantos ¿tú mente ráuda y alígera, no surcó una vez siquiera los zafirinos espacios en pos de las áuras, las flores y los anhelos que acá dejaste?

Te he vuelto a ver.

Oh! tu, dulce como Ofelia, soñada y adorable como Beatriz—musa de mis delirios—cuando en ansias de otros climas y otros amigos vuelvas a partir y los murientes celajes y los cambiantes grises tiñan el crepúsculo de tu despedida ¿volverá después la hora risueña del retorno y el fúlgido amanecer de mi esperanza?

O cuando yo—peregrino del Dolor o de la Duda—Dante o Hamlet—parta en pos de otras quimeras y otros cielos . . . ¿te volveré a ver?

MÁXIMO BARRIOS,  
(VENEZOLANO.)

## Jesús de Nazareth

¿Habéis considerado alguna vez la distancia que separa al Jehová hebreo del verdadero DIOS adorado por los cristianos? Porqué aquel Theus bíblico, lleno de misterio, indeciso y vago en sus formas,

aunque perfectamente determinado en sus caracteres divinos, no es el dulce mártir del Calvario, muerto para redimir de sus abominaciones a los hombres. Jehová se nos antoja una personificación de la na-



turalidad con sus decretos inflexibles, su voluntad omnímoda, su justicia inquebrantable y dura. De él nace el bien, y, en cierto modo, también el mal. Sus decretos implacables tienen el sello de una autocracia sin límites y sin discusión. Es frío como la naturaleza, y, como el hombre, está sujeto también a la ira y a las veces lanza como Júpiter omnipotente los rayos de su cólera divina sobre los infelices pueblos que osaran torcer sus mandamientos. Celoso de su poder, no vacila un instante en aniquilar al ángel que intentara en un momento de loca ambición la conquista de su trono. Y os lo imagináis como un monarca inmenso bajo su solio, con la frente severa, el temido cetro en la derecha mano, infinitamente sabio, infinitamente bueno, infinitamente grande e infinitamente poderoso . . . . . ? De dónde nacerán estos caracteres esenciales que no difieren de los grandes reyes si no en el grado y en la extensión?. Es que los hombres no pueden encontrar ideas fuera de su naturaleza y fuera de su Universo. ¡Ah! Evenero.....

Pero la Humanidad necesita algo menos absoluto, algo más a su alcance, algo más tangible que no infunda miedo, si no amor; un ser potente con quien pueda estar en comunicación constante; un DIOS su-

yo que le sirva como de intermediario para suavizar la brutalidad de las leyes naturales que le hieren. Necesita un Dios de consuelo para sus amarguras; un Dios nacido de su seno que sienta con ella, que enjague sus lágrimas y que con ella se identifique. A esta inmensa necesidad ha respondido el Cristo crucificado . . . . Ya no es el rígido principio misterioso y frío, inmutable en sus resoluciones, severo y violento, cuyos decretos van marcados con el sello del ananké ineludible de las leyes de la Naturaleza. Es por el contrario, el Dios infinitamente bueno de todos los que sufren, el Dios de amor y de esperanza que consuela a los afligidos, el Dios que redime y que promete la bienaventuranza y la vida de dicha eterna a todos cuantos en este valle de lágrimas arrastraron la existencia como pesado fardo de dolores y de miserias. Porque ese divino profeta Nazareth, muerto en un instrumento de tortura y de ignominia, convertido en signo de redención; ese profeta vilipendiado y escarnecido, hartado con todas las injurias y con todas las maldiciones, no es sino la encarnación de los sufrimientos que agovian a la humana prole, el depósito de todas las lágrimas, de todas las congojas, de todos los martirios inherentes a la existencia y la cristalización de

todo lo que el hombre tiene de más grande y de más noble . . . . .

Y a El van todos los desheredados; a El van todos los esclavos, todos los que han sentido el peso enorme de la vida, en la cual no cosecharon sino torturas y aflicciones. A El van en clamoreo eterno implorando misericordia y consuelo para que ablande con sus ruegos el corazón del Padre y descienda sobre sus cabezas el bálsamo de su divina gracia, que los liberte del potro en que se debaten. ¡Ay! La promesa de las inefables compensaciones en la vida eterna pudo satisfacer en las edades de ardiente fe. Pero debilitada la fe, casi rota la esperanza en un más allá asegurado a todos cuantos en este mundo no lograron su pedazo de dicha, febricitados los hombres por el ancia rabiosa de alcanzar aquí la felicidad a que se creen con derecho, quieren el bienestar presente, y eso es lo que demandan ahora a grito herido. ¡No! Ellos no quieren ya la dicha para después de la muerte a cambio de sufrir en este mundo todos los dolores padecidos por el Cristo y beber la copa de hiel que apuró hasta las heces el sublime Redentor. Quieren la dicha presente, un lenitivo a martirios, una fórmula cualquiera que traiga la paz y la satisfacción sociales fundadas

sobre un principio inmutable de Justicia. ¡No! Ellos no se conforman con la fatalidad de la ley natural que exige identificar la existencia con el dolor hasta el punto de traducirse uno en otro término. Quieren el bienestar actual y no para el futuro. Y lo piden furiosamente al Cristo sacrificado por ellos; lo piden al Cristo que expira en medio de torturas infinitas; lo demanda con rabia, cual si el tierno profeta enclavado en la cruz les hubiese defraudado en sus esperanzas y hubiese burlado todas sus promesas. . . .

Y Cristo agonizante olvida sus propios sufrimientos para pensar en los de la prole de Adán. Y con los divinos ojos levantados al cielo en busca de su Padre velado por las nubes; martirizado por tantas quejas, por tantas imprecaciones y por los gemidos que hasta la cruz llegan en interminable grito, sus labios cárdenos en que dijérase que la muerte ha hecho ya presa, murmura dulcemente: «¡PADRE! ¡PADRE! Lanzad un destello de tu divina gracia sobre las cabezas de tantos desgraciados. . . . ¡PADRE todo amor y todo bondad! Haced que esta lucha cese y que la paz sea en tantas conciencias atribuladas! Extendad vuestra mano omnipotente y que las tinieblas se desgarran en todos estos cerebros extraviados y que la

paz del cielo reine sobre ellos . . . ¡PADRE ETERNO! ¡JUSTICIA! ¡NO MAS DOLOR, NO MAS MARTIRIO!»

Los labios que musitan dijéranse iluminados por sonrisas inefables cual si los ojos hubiesen contemplado los destellos de luz y de gracia implorados. En tanto las impresiones suben, los gemidos crecen y se hacen infinitos. Las manos se crispan y adquieren formas de garra. Las miradas relampaguean y los rostros se tornan lívidos y los dientes crujen. Es la masa esclavizada que demanda imperiosamente la dicha aquí en la tierra, que pide alivio a sus dolores y que exige la Justicia. Ya no ora, sino que ruge. Ya no eleva las manos en humilde gesto de súplica, sino que las agita amenazantes y airadas. . . . Ya no se arrodilla, sino que se yergue tempestuosa para conquistar o para morir. Lo que demanda es Justicia. Una justicia social que le asegure los goces de la civilización que ella también ha contribuido a crear. Una justicia nueva que la liberte de la cadena, porque se ríe de las promesas de ultratumba, que se le antojan añagaza para mantenerla quieta bajo el látigo de los privilegiados. . . .

Los labios del Cristo hecho verdad y hecho luz, emblema de todos los dolores y de todas las amarguras, de todo

lo grande y de todo lo sublime, murmurando dulcemente: «¡PADRE!» «¡PADRE!» Lanzad un destello de tu divina gracia sobre las cabezas de tantos desgraciados . . . . ¡Padre! ¡Padre! ¿En dónde hallar la justicia que haga la paz en las conciencias sublevadas y mate la anarquía en los cerebros enloquecidos. . . ?»

De repente la luz enmudece; la Naturaleza toda truena como asombrada ante el inmenso crimen; las tinieblas se hacen y un velo de estupor cubre a la tierra entera. ¡El Cristo ha muerto! Ha muerto con la mirada divina dirigida al cielo como en busca del destello celestial que derrame la gracia sobre la cabeza de la humanidad doliente y esclavizada. Y en tanto que la tempestad se desata y la humana estirpe ruge con furia y estellan en explosión terrible todos los odios contenidos, todas las rabias comprimidas, todo el bagaje de miserias, de tormentos, de apetitos que la doblegan con su peso y que la devoran como maligno cáncer, los labios del Cristo sacrificado en holocausto de un amor inmenso, murmuraba dulcemente «¡PADRE! ¡PADRE! Lanzad un destello. . . . ¡Ah! ¿En dónde hallar la justicia . . . ? ¡Perdónalos, señor, no saben lo que hacen. . . . !»

MARIANO ZECEÑA.

## El Cisne

El lago es un cristal, cuando muy leve  
lo surca el cisne de sedaña pluma,  
que, a la distancia y entre un tul de bruma  
es como un copo trémulo de nieve.

Hiendo en las aguas, arrogante y leve,  
su cuello blanco de elegancia suma,  
y deja un manto de bruñida espuma  
su pico rojo que en el fondo mueve.

Góndola blanca es en la noche bruna,  
jirón del día o esplendor de luna  
a quien los astros préstanle su halago;

y al dar su cuerpo lánguido diseño  
parece ser la encarnación de un sueño  
que se agitara en el azul del lago.

FELIX B. VISELLAC.  
(ARGENTINO)

## Composiciones hermosas del poeta JUAN B. DELGADO

### A un Labrador

Bien haces, labrador, eleva al cielo  
la sencilla plegaria. Echaste el grano,  
y en viniendo la lluvia y el verano  
próvido Dios fecundará tu suelo.

¡Feliz quien ha la paz, quien ha el consuelo,  
siendo de esta comarca el soberano!  
¡Feliz quien alza con callosa mano  
la blenda miez que cultivó con celo!

Hete aquí *ni envidiado ni envidioso*:  
no sueñas el alcázar de los reyes;  
bien humilde es tu lar, pero dichoso;

no inclinas la cerviz a duras leyes,  
y place verte reclinado airoso  
en el robusto lomo de tus bueyes.

## BRINDIS

Después de que yantaron  
los campesinos,  
el que adoraba Tirsis  
tierno cabrito,

un rusticano brindis  
pronunció Mopso  
elevando la aliará  
plena de mosto:

—Comenzó el año agrícola  
mis conlabriegos,  
y hay que loar a Ceres  
y a Triptolemo.

Están listos los yugos  
y los arados,  
y en espera está el haza  
de rubios granos.

Qué os dé la Madre Tierra  
ciento por uno  
y que cosechas óptimas  
hayáis por triunfo.—

Dice. Acogen el brindis  
sonoras palmas;  
se oye el chocar unánime  
de las aliaras;

palpita el siempre joven  
suelo de Grecia  
con la dulce llegada  
de Primavera;

y su floral turíbulo  
Favonio mece  
por ofrendar incienso  
fragante a Démeter.

## IN RAPHAELIS EPISCOPI QUERETANENSIS OBITU

¿Dónde fuiste Pastor? Los triscadores  
hatos que apacentaste cuidadoso,  
al no escuchar tu pífano armonioso  
sin rumbo se dispersan baladores.

¡Ah de la grey! Ni linfa ni verdores  
halla en el yermo campo y pavoroso,  
y si discurre por el bosque umbroso  
queda expuesta del lobo a los furores

¿Dónde fuiste Señor? La pastoría  
cuya fué tu heredad se ha desolado  
y en ella vuela y plañe la elegía.

¡Ay de la grey! Que surja otro Prelado.  
que sea por su amor a la fe pía  
digno de asir el huérfano cayado!

## A Fernangrana

Ávido abrí tu libro y su lozana  
poesía me arrobó con su belleza:  
en el «VINO DE LESBOS» hay pureza  
de forma, al par que griega, castellana.

Es la de Anacreón joven y sana  
Musa la que disipa tu tristeza,  
y nimba de fulgores tu cabeza,  
y a tus versos da vida parnasiana.

¿Qué blasón ofrendar a tu talento?  
Tú sabes, ahuyentando los dolores,  
despertar un sublime sentimiento.

Y pues del Pindo como Apolo vienes,  
tus jonios «Mirtos», tus primeras flores,  
luzcan junto al laurel sobre tus sienas.

## BIBLIOGRAFIA

El Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay se ha dignado remitir a la Dirección y Administración de «El Ateneo de El Salvador», las siguientes importantes publicaciones:

Correspondencia Diplomática del doctor José Ellanri.—1839-1844. — Prólogo del Dr. Gallinal.

Fundación de Montevideo.

América del Sur y la futura paz europea.

Historiando el Porvenir.— Conferencia pronunciada el día 17 de julio de 1918.—Por don Octavio Morato.—Con un discurso preliminar de don Francisco J. Ros.

El dibujante Juan M. Besnes e Irigoyen.—Conferencia leída en el Salón de Actos Públicos de la Universidad, el 10. de mayo de 1919.—Por el doctor J. M. Fernández Zaldaña.

Memoria correspondiente al período 1917—1918.

El Poeta Oriental Bartolomé Hidalgo.—Conferencia leída el 18 de junio de 1918.—Por don Mario Falcao Espalter.

La Evolución de la Ciencia Geográfica.—Conferencia de Vulgarización pronunciada el 4. de agosto de 1917.—Por el zear Santiago Giuffra.—Con un discurso preliminar de don Francisco J. Ros.

Fuentes Documentales para la Historia Colonial.—Conferencia leída el día 28 de julio de 1917.—Por don Dardo Estrada.—Con un discurso preliminar del doctor Gustavo Gallinal.

Juan Carlos Gómez.—Sentimental Conferencia leída el día 17 de julio de 1917.—Por el doctor J. M. Fernández Zaldaña.—Con un discurso preliminar del coronel ingeniero D. Silvestre Mato.

Cartografía Nacional.—Conferencia dada el día 9 de junio de 1917.—Por el socio de número, coronel Gdo. Ingeniero Geógrafo D. Silvestre Mato.—Y Estatutos Ley de Subsidios.

También ha llegado a nuestra mesa de redacción el No. 1º de «El Teatro Escolar Hondureño».—Serie de ensayos dramáticos escritos para la juventud centroamericana.—Dicho Nº 1º, es «La Honradez ante la Infancia».—Ensayo Dramático Original de J. M. Tobías Rosa.—Editada en la Tipografía Nacional.—Tegucigalpa (Honduras).—Lo mismo que el interesante folleto «Flora y Juana Santa-Barbarensense».

El drama de referencia pone de manifiesto lo difícil y peligroso del buen empleado público, y cómo el hombre económico, sobrio y honrado, siempre

es víctima del latrocinio, de la infamia y de la traición.

Las intrigas lugareñas, desvirtúan la acción del patriotismo en nuestros pueblos, aun plagados de ignorancia, chismes, enredos y discordias, en donde la acción benéfica del periodismo moral e instructivo es sustituida por el estanco y las cantinas, las pulperías y los corrillos de vagamundos en las esquinas de las calles, sitios en donde se destaza la honra ajena y salen a lucir los más íntimos sucesos del hogar doméstico y se hacen comentarios malévolos e injustos a las disposiciones de las autoridades supremas y de la localidad.

Salientes, sobremanera, son los cuadros tercero y cuarto del drama del señor Tobías Rosa, en donde aparece La Justicia ante el crimen y El Perdón de las ofensas.

La Flora y Fauna Santa-Barbarenses es un acopio de conocimientos útiles sobre la riqueza vegetal y animal del Departamento de Santa Bárbara (Honduras). Para facilitar el conocimiento de las plantas, el señor Tobías las ha dividido en medicinales, alimenticias e industriales.

Sin tiempo para emitir un juicio crítico acerca de estos

interesantes folletos, nos concretamos a los anteriores esbozos; y para que el lector se forme idea aproximada de la importancia de la obra del señor Tobías en su Flora y Fauna Santa-Barbarenses, damos a continuación la serie de acápites del folleto:

Cualidades de algunas plantas.—Medicamentos indígenas.—Series de los productos más notables y abundantes de la Flora y Fauna Santa-Barbarenses.—Maderas de construcción.—Maderas de ebanistería.—Maderas de tinte.—Arboles o plantas medicinales.—Arboles que producen frutos comestibles.—Plantas Herbáceas.

Reproduce «El Labrador», por Emilio Castelar.—Influjo de la Agricultura en la suerte de los pueblos antiguos y en la de los pueblos modernos.—Fauna Santa-Barbarenses.—Vertebrados.—Mamíferos.—Aves.—Reptiles.—Invertebrados.—La Familia Rural.

Felicitemos cordialmente al señor Tobías Rosa por su profícua labor cultural.

San Salvador, noviembre de 1920.

PEDRO FLORES.



## Socios Honorarios

Don Francisco Gavidia  
Don J. Antonio López G.  
Dr. Alonso Reyes Guerra  
Dr. Salvador Rodríguez G.  
Dr. Francisco Vaquero  
Dr. Victor Jerez  
† Dr. Santiago I. Barberena  
Dr. David J. Guzmán  
† General Juan J. Cañas  
Dr. José Belisario Navarro  
Don R. Mayorga Rivas  
Don Calixto Velado

## Socios Honorarios Cooperadores

## Socios Cooperadores de Mérito

## Socios Cooperadores Artistas

## Socios Correspondientes del Ateneo

### En El Salvador

Dr. Federico Vides . . . . . Santa Ana  
Dr. Secundino Turcios . . . . . Santa Ana  
Don Antonio L. Berdugo . . . . . Santa Ana  
Dr. Abraham Rivera . . . . . Sonsonate  
Don Rubén Cardona . . . . . Chalchuapa  
Dr. Alberto Luna . . . . . Santa Tecla  
Don N. Viera Altamirano . . . . . San Miguel  
Don Alonso A. Brito . . . . . San Miguel  
† Don Carlos Javier Guerrero . . . . . Zacatecoluca  
Señorita María C. García . . . . . Santiago de María  
Don Miguel Román Peña . . . . . Zacatecoluca  
Dr. Sarbelio Navarrete . . . . . San Vicente  
Don José María Sifontes . . . . . Sonsonate  
Don José Alfaro Morán . . . . . Ahuachapán  
Don José Héctor Paz . . . . . San Miguel  
Don R. Vergara Albúzar . . . . . Sonsonate  
Don José Domingo Martínez . . . . . Sonsonate  
Dr. Daniel Huezco y Paiz . . . . . Santa Tecla  
Dr. Rogelio Núñez . . . . . Santa Tecla  
Dr. Alberto Rivas Bonilla . . . . . Santa Tecla  
Dr. Antonio Domínguez . . . . . Zacatecoluca  
Don Gilberto Claros . . . . . La Libertad  
Doctor David Turcios . . . . . Morazán (San Fco.)

### Guatemala

Licenciado Antonio Batres Jáuregui  
Licenciado José Rodríguez Cerna  
Licenciado Francisco Contreras B.  
Licenciado Virgilio Rodríguez Beteta  
Licenciado Eduardo Aguirre Velásquez  
Licenciado Adrián Recinos  
Don Rafael Arévalo Martínez  
Doctor Francisco E. Toledo.

### Honduras

Don Froylán Turcios  
Licenciado Rómulo E. Durón  
Licenciado Esteban Guardiola  
Licenciado Luis Andrés Zúñiga  
Don Rafael Heliodoro Valle  
Don Benjamín Urbidzo Vega  
Licenciado Samuel Lainez  
Licenciado Salatiel Rosales  
Licenciado Ricardo de J. Urrutia  
Licenciado Julián López Pineda  
Don Adán Canales  
Licenciado Nazario Pineda H.  
Don Abel García Calix  
Don Augusto C. Coello  
Licenciado Luis Mejía Moreno  
Licenciado Paulino Valladares  
Don Vidal Mejía

Baltazar Estupinián  
Don Jorge Meléndez  
Dr. Alfonso Quiñonez M.  
Dr. Juan Francisco Paredes  
Dr. Miguel Tomás Molina  
Dr. Pío Romero Bosque  
Don José E. Suay  
† Dr. Salvador Gallegos  
† Don Carlos Meléndez  
Dr. Carlos Bonilla  
Dr. Simeón Magaña. — *Ahuachapán*  
Licenciado Antonio Hernández y Ferrer. —  
Dr. Miguel Antonio Fortín.

Dr. Pedro A. Villacorta  
General Julio Alberto Salinas  
General Armando Llanos C  
Dr. Rosalío Acosta Carillo

José Dutriz  
Antonio Dutriz

Rafael Olmedo  
José Luis Andrino  
Don Nicolás S. Villafuerte

Don Julián R. Cáceres  
Don Angel R. Fortín  
Señorita Visitación Padilla  
Doña Lucía Gamero de Medina

### Costa Rica

Dr. José Dols. Corpeño  
Licenciado Ricardo Jiménez  
Licenciado Cleto González Viquez  
Licenciado José María Zeledón  
Licenciado Luis Cruz Meza  
Doctor Manuel Castro R.  
Don Joaquín Barrionuevo  
Licenciado Tobías Zúñiga Montúfar  
Don Roberto Valladares  
Don Justo A. Facio  
Licenciado Roberto Brenes Mesén

### Nicaragua

Dr. Santiago Argüello  
Don José Olivares  
Don Hernán Robledo  
Doctor Antonio Medrano  
Doctor Cimón Barreto  
Don Juan R. Avilés

### Venezuela

† General Pedro Arismendi Brito  
Doctor Rafael Villavicencio  
Doctor B. Tavera Acosta  
Doctor Eloy G. González  
Doctor Nerio A. Valarino de Lorena  
Don Julio Calcaño  
Don Manuel Díaz Rodríguez  
Don Pedro Emilio Coll  
Don César Zumeta

### Colombia

Doctor Adolfo León Gómez  
Doctor Gabriel Cerón Camargo  
Don Guillermo Valencia  
Don Baldomero anin Cano  
Don Ismael Enrique Arciniegas  
Don Víctor M. Londoño  
Don J. Angel Morales  
Don Manuel A. Prados  
Don Max. Grillo

### Ecuador

Don Alejandro Andrade Coello  
Don Roberto Andrade  
Don Camilo Destrüge  
Don Isaac J. Barrera

Doctor José Antonio Campos  
Don Hoinero Viteri Lafronte

### Perú

Don Ricardo Palma  
Don Clemente Palma  
Don José María Barreto  
Dr. Enrique D. Tovar y R.

### Chile

Doctor Tito V. Lisoni  
Doctor Samuel A. Lillo  
Doctor Eduardo Poirier  
Doctor Senén Alvarez de la Rivera M.  
Don Pedro Prado  
† Don Joselin Robles S.  
Don Antonio Bórquez Solar  
Don Daniel de la Vega

### Bolivia

Don Eduardo Diez de Medina  
Don Rosendo Villalobos  
Don Ricardo Jaimes Freyre  
Don Alcides Arguedas

### Paraguay

Doctor Cecilio Báez

### Brasil

Ingeniero Silio Boccanera Junior  
Don Amachio Diniz  
Don Graça Arhana

### Uruguay

Don José Enrique Rodó  
Don Francisco García Santos  
Don Víctor Pérez Petit  
Doctor Carlos Vaz Ferreira  
Don Alfredo E. Martínez

### Argentina

Doctor David Peña  
Doctor Carlos Octavio Bunge  
Don Leopoldo Lugones  
Doctor José Ingenieros  
Don Manuel Ugarte  
Don Juan José de Soiza Reilly.  
Don Gurmensindo Busto  
Don B. González Arrilli  
Don Arturo Marasso Rocca  
Don Mahuel O. Villacorta.

### Estados Unidos del Norte

Doctor Tomás Cerón Camargo  
Doctor H. P. Holler  
Don Rafael de Zayas Henríquez  
† Doctor Carlos A. Meza  
Doctor F. Guillermo Cano  
Don P. Fortoul Hurtado  
Don Rafael García Escobar.]  
† Doctor Eustaquio Calderón.

### Puerto Rico

Doctor José de Diego  
Don Vicente Balbás Capó  
Don Luis Muñoz Morales  
Don Luis Llorens Torres  
Doctor Cayetano Coll y Toste  
Don Mariano Abril

### Cuba

Doctor Enrique José Varona  
† Don Antonio Miguel Alcóver  
Don Francisco Cañellas  
Don Manuel S. Pichardo  
Don Max. Henríquez Ureña  
Don Manuel Márquez Sterling  
Don M. Antonio Dolz.

Don Ramón R. Catalá.  
Don Bonifacio Byrne  
Don Medardo Vitier  
Don J. V. Cova  
Don Juan J. O. Bataller (*Matanzas.*)  
Licenciado M. A. Díaz  
Don A. Pereira

### Santo Domingo

Licenciado Federico Henríquez y Carvajal  
Licenciado Américo Lugo  
Don Federico García Godoy  
Don M. Flores Cabrera  
† Don Arturo Pellerano Castro  
Don G. Jiménez Herrera  
Don Emilio A. Morel

### México

† Don Amado Nervo  
Don José Romo  
Don Luis Rosado Vega  
Don Luis G. Urbina  
Don José Juan Tablada  
Don José de J. Núñez y Domínguez  
Ingeniero Félix F. Palavicini  
Don Gustavo Solano  
† Don Alejandro Navas G.

### Panamá

Doctor Belisario Porras  
Don Guillermo Andreu  
Don Ricardo Miró  
Don Enrique Geenzier

### Bélgica

Doctor Antonio Pietri-Daudet

### Hungría

Doctor Ladislao Thót

### Alemania

Doctor C. V. E. Bjorkman  
Doña Marie de Bjorkman

### Italia

Don Leonidas Pallares' Arteta  
Profesor Pietro Carducci Teiser

### Inglaterra

† Doctor Santiago Pérez Triana  
Don Norman Angell

### España

Don Rafael María de Labra  
Doctor Rafael Vehils  
Don Fustino Rodríguez San Pedro  
Don Salvador Rueda  
Don Francisco Villaespesa  
Don Juan R. Jiménez  
Don Enrique Deschamps  
Don José Figuer del Valle.

### Francia

† Don Rubén Darío  
Doctor J. Gustavo Guerrero  
Don José María Vargas Vila  
Don F. García Calderón  
Don Enrique Gómez Carrillo

# DIRECTIVA PARA 1920

*Presidente:* DON FRANCISCO GAVIDIA          
*Vicepresidente:* DOCTOR DAVID J. GUZMAN      
*Primer Vocal:* PEDAGOGO DON PEDRO FLORES      
*Segundo Vocal:* DON ABRAHAM RAMIREZ PEÑA      
*Sir:dico:* DR. SALVADOR R. MERLOS          
*Tesorero:* DR. J. ANTONIO MENENDEZ          
*Secretario:* DR. JUAN GOMAR          
*Prosecretario:* PRF. DON GILBERTO VALENCIA R.   

## REVISTA

*Director:* PEDRO FLORES              
*Redactores:* DON GILBERTO VALENCIA R.    Y DON  
ABRAHAM PINEDA Q.           



## ADMINISTRADOR DE LA REVISTA

JOSÉ ANTONIO MENÉNDEZ

8a. CALLE PONIENTE No. 26.



## A LOS AUTORES O CASAS EDITORAS:

Con el mayor gusto esta Revista publicará juicios críticos o pequeños  
reclamos, acerca de toda obra o revista que reciba como canje



## LA CORRESPONDENCIA EPISTOLAR

debe dirigirse al Secretario de esta Institución y lo mismo los canjes